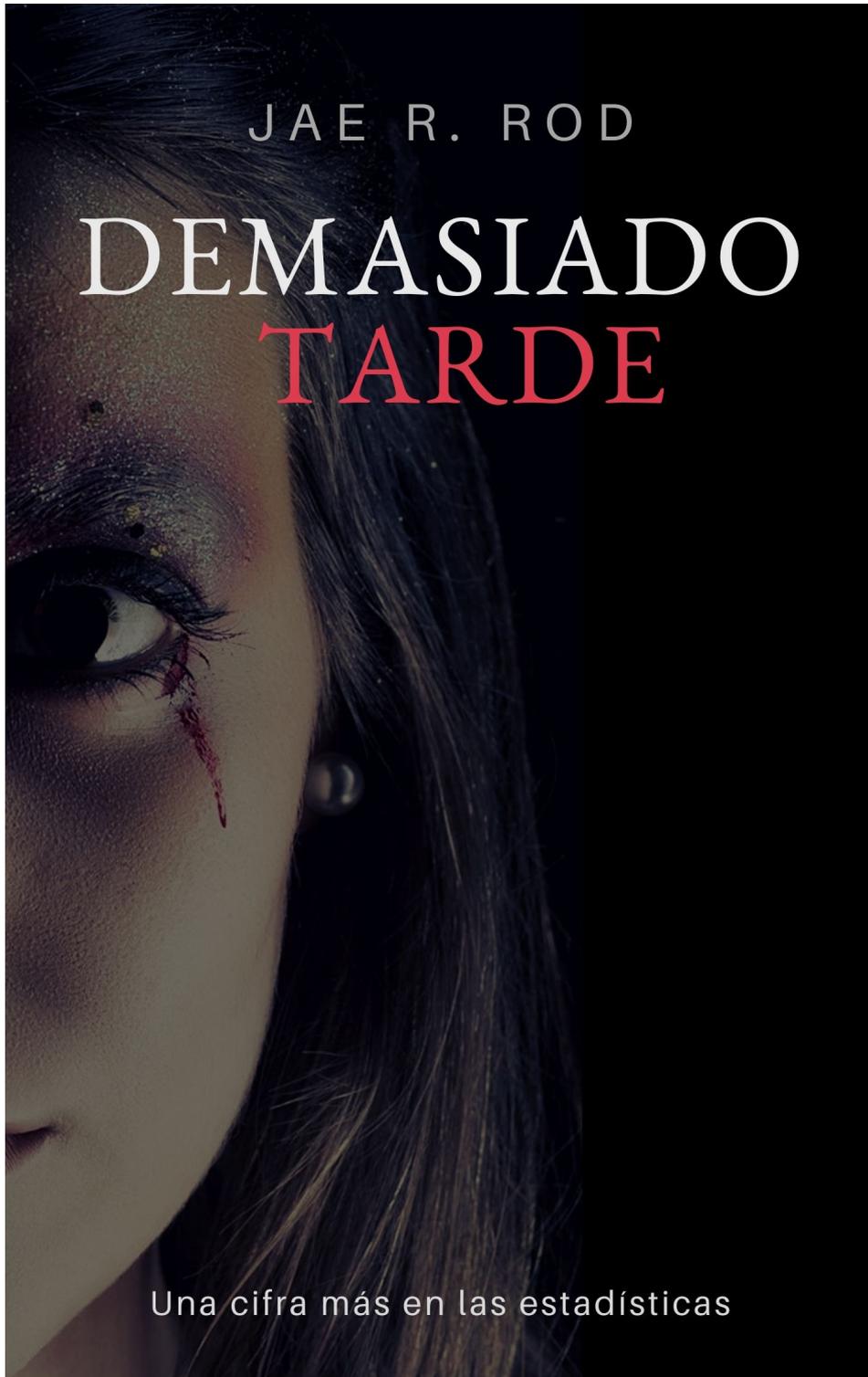


Demasiado tarde

Jae R. Rod



Una cifra más en las estadísticas

Capítulo 1

Helena

"...los declaro marido y mujer, puede besar a la novia".

Y los aplausos y vítores no se hicieron esperar, ambos con una sonrisa se acercaron sin prisa para darse su primer beso como casados.

Luego de tantos años sufriendo por un amor no correspondido, pensó que por fin había encontrado a su verdadero amor, pero aquello solo fue un espejismo, una estúpida y ridícula ilusión, generado por un corazón que estaba sediento de amor.

Observo con nostalgia la foto de su boda, ambos felices, tan enamorados, él con aquella mirada que la hacía suspirar y ella con las mejillas sonrojadas y los ojos brillosos; tan ensimismada en sus recuerdos se encontraba, que no prestaba atención a las palabras de su progenitora, quien repetía sin cesar la misma oración.

-En nuestra familia nadie se ha divorciado, seremos la comidilla de todas las reuniones, ya me imagino a tus tías diciendo lo mal que te criamos...

Se sentía vacía, desamparada, solo en busca de protección y comprensión, pero ante sus palabras, ante cada punto de su relato, solo recibió desaprobación.

-Algo habrás hecho, como fue que hiciste para que tu matrimonio fracasara...

¿Era enserio? ¿La estaba culpando? ¿Era ella quien había fracasado? ¿Tan mal esposa era para recibir aquel trato de su marido y que este saliera impune de toda culpa?, no lo entendía, simplemente no lo entendía.

-Hiciste una promesa ante Dios...

Y la voz se fue perdiendo, no quería seguir escuchando, tomo la llave de su auto y sin dirigir palabra alguna salió del lugar que la vio crecer; al parecer ni su madre la apoyaría.

Aunque, podría ser, tal vez... tal vez su madre tuviera razón, la que estaba

mal era ella, tal vez debía darle aquello que él tanto quería, una oportunidad para enmendar las cosas.

Capítulo 2

I

Ahí estaba ella, frente al hombre que desde la primera mirada se adueñó de su corazón y así mismo lo rompió...*Antoni*; diez años habían pasado y cada sentimiento que por años ella enterró en su corazón, resurgieron con fuerza. Tanto, pero tanto tiempo sin verlo y su corazón seguía latiendo solo por él.

Por un momento quiso perderse en su mirada azulada, acariciar la piel morena de su rostro, enterrar sus dedos en el sedoso cabello azabache, besar esos finos labios; sacudió su cabeza, no debería pensar en eso.

A él solo le tomo un segundo mirarla, para que su corazón diera un vuelco de alegría; Habían pasado diez años desde que se fue a cumplir sus sueños, pero al irse dejó su máspreciado anhelo, estar con su rubia de mirada tierna, sonrisa deslumbrante y ese rostro ahora maduro, que aún seguía siendo angelical. Y que sonase egoísta, pero esperaba que aunque hubiese pasado tanto tiempo, ella haya esperado por él.

Para él, ella siempre fue hermosa, pero no podía pasar por alto que los años no habían hecho más que acrecentar su belleza.

La examino con ojo clínico, viendo cada gesto de ella, la majestuosa forma al tomar la tasa de café, los delicados y hipnotizantes movimientos de su cuerpo, su voz delicada y atrayente; que decir de su cabello liso hasta los hombros, el cual enmarcando su hermoso rostro, la piel suave a la vista, el cuerpo de curvas suaves y esa boca que incitaba a besar. Lo único que faltaba, era ver esos ojos verde esmeralda, pero estaban ocultos bajo unas extravagantes gafas.

-Estas más hermosa que antes- expreso de manera intensa, buscando que con sus palabras ella entendiera que siempre fue ella la dueña de su corazón.

-No es para tanto, sigo igual- dijo ella de manera simple, aunque por dentro su corazón latía desbocado, todavía lo amaba, pero él había llegado demasiado tarde.

Volvió a tomar con elegancia su tasa de café y él, sin apartar la mirada de cada uno de sus movimientos, se percató de como su dedo anular ya había sido ocupado por un llamativo aro de oro con un exagerado

diamante. Aquel maldito accesorio hizo trizas su corazón, llegó tarde, demasiado tarde.

-¿Te haz casado?- pregunto sin dejar que el nudo en su garganta lo delatara.

-Hace siete años- él le miro con sorpresa -Lo conocí un año después de tu partida , en una fiesta de beneficencia a la cual mi padre había sido invitado- corrió su rostro hacia el ventanal de aquel café, no podía mirarlo, sabía que lo estaba lastimando.

-Estaba aburrida, fui al jardín a tomar algo de aire, él se acercó y me dijo que la diosa Selene debería estar celosa de ver tan hermosa mortal.

¿Por qué contarle? Él no quería saber la historia de cómo la perdió.

-Desde ese día, nos hicimos amigos, no teníamos diferencias- para él no paso por alto que ella hablaba en pasado y no en presente- Con Raphaelo me la pasaba muy bien y mi corazón empezó a cambiar el sentimiento de amistad, por el de amor.

iDeseaba gritarle que se callara!, no quería escuchar esa historia.

-A los tres meses nos hicimos novios, yo tenía diecisiete años, él diecinueve; el amor que derrochábamos daba envidia a la vista de otros.

Ella no entendía por qué lo decía. Tal vez porque eran hermosos recuerdos que siempre atesoraría.

-Cuando cumplí los diecinueve años, le di el sí y acepte y prometí ante Dios, amarlo y estar con él por el resto de mis días; todo fue tan rápido, que solo hicimos una ceremonia entre nuestros conocidos más allegados.

-Y yo no era más que un allegado que ni siquiera se enteró de que su mejor amiga se casaba.

Ese "*amiga*" sonó tan forzado y falso.

-Mucha estima me tienes al parecer- trato de ser chistoso, pero ella no se inmuta.

-Después que te fuiste, no supe más de ti- dijo con reproche- Llore tantas noches esperando una carta, una llamada, un correo electrónico, algo que me dijera que estabas bien, que estabas haciendo tu vida, pero no recibí nada.

Su voz era baja, pero dura. Sintió su mirada pesada a través de las gafas

y sabía que lo merecía.

Era cierto, él cortó toda comunicación con ella, con tal de olvidar todo lo que sentía por ella, pero se dio cuenta que ninguna mujer lograría hacerle olvidar a su niña, a su ángel, a su Helena.

-Tenía miedo- que importaba si ella estaba casada, se arrepintió muchas noches por no haberle dicho lo que sentía por ella y esta vez no desaprovecharía la oportunidad de decirle todo o que su corazón guardaba.

-No quiero saberlo- suplico temerosa.

-Debo decirlo.

Ella aparto la mirada y deseo no escuchar lo que en algún momento su corazón añoro.

-Miedo de que no me miraras como yo te miraba a ti, miedo de que no vieras como yo te veía a ti, miedo a que no me amaras como yo te sigo amando a ti. Yo tenía veinte años Helena, tu próxima a cumplir los dieciséis años, ¿Qué esperabas?, me sentía como un perverso por mirarte como mujer.

Y antes de que ella le contestara con el alma en vilo por tan inesperada declaración su teléfono celular empezó a sonar. Lo saco con premura de su bolso y cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla, su corazón dejo de latir, su piel se puso pálida, y su mirada oculta estaba brillante por las lágrimas que no dejaría que se derramaran.

-Hola cariño- dijo con ese tono dulce, que lastimo a su acompañante.

-Llevo llamando hace buen rato- noto su voz contenida.

-Lo siento amor- trato de sonar lo más sincera -Estaba ocupada en algo y no lo escuchaba.

-¿Estas con Romina?

-Si mi amor- le mintió, no podía decirle que estaba con su antiguo amor, con el verdadero dueño de su corazón.

-No debo recordarte como se deben comportar las esposas- aquel comentario sonó a advertencia.

-Por supuesto que no cariño.

-Me alegro nos entendamos- dijo en tono burlón *-Nos vemos en la cena.*

-Claro mi vida, te tendré la cena lista para cuando llegues.

Espero que fuera él quien colgara primero, para poder guardar su teléfono.

Antoni tenía la mirada perdida, los puños cerrados con fuerza y su postura decaída, desgarrada; Helena no podía verle así, sabía que ella era responsable de su dolor.

Se levantó de su asiento con la sola idea de llegar a su hogar, alejarse de él y no lastimarlo más, pero fue detenida por la mano de ese hombre que tantas veces la hizo suspirar.

-Antoni suéltame, por favor- le suplico sin mirarle, su voz se estaba cortando y las lágrimas que retuvo desde que lo vio, se negaban a seguir encarceladas en sus ojos.

Era doloroso ver que el hombre a quien siempre amo, le mirase con suplica, como si esperara que ella dejara todo y se marchara con él; no podía, a pesar de su declaración, habían pasado diez años, estaba casada y estaba prohibido amarlo a él.

-Helena, lo que te dije es cierto, siempre te he amado, y siempre te amare, nunca habrá otra mujer que eclipse lo que siento por ti- ella le daba la espalda, mientras copiosas lagrimas bajaban por sus mejillas, ya no pudo retenerlas.

-Es tarde ya para eso- soltó su mano y se fue.

¿Por qué ahora? ¿Porque venía ahora?...

...Cuando su vida era un completo infierno.

Capítulo 3

II

Entro con desgano al apartamento, no se imaginó que volverlo a ver iba a revolucionar su interior. Tuvo tantos deseos de regresar y escapar con él, más no podía. Como le había mencionado en su relato, ella le hizo una promesa ante el altar, amarlo y estar con él hasta el final de sus días.

Entro a su recamara, tiro su bolso en la cama, antes de ir al baño y pararse frente al espejo. Se quitó las gafas y tomo del mostrador una tira de algodón y una crema, debía limpiar su rostro, a Raphaelo no le gustaba verla maquillada (pero era necesario que lo hiciera cuando salía de casa). Con delicadeza, casi en trance, empezó limpiar su rostro; mientras pasaba la tira por su piel, esta rebelaba lo que con tanto esfuerzo ella trataba de esconder.

Antoni le dijo que la veía más hermosa, pero ella sabía que si la veía sin aquella capaz de maquillaje, pensaría lo contrario.

Trato de concentrarse en su tarea, obligándose a olvidar la mirada lastimada de él y repitiendo religiosamente lo que sus padres le decían cada vez que ella pensaba abandonarlo todo, "*Hiciste una promesa ante Dios*" y ella, como la mujer devota que siempre había sido, la cumpliría.

Preparo con esmero la cena, como cada día lo hacía, Raphaelo era de carácter fuerte y con facilidad se enojaba si no encontraba todo en su sitio cuando él llegaba.

Estaba concentrada preparando una ensalada cuando el teléfono empezó a sonar; no debía ser adivina, para saber que quien llamaba era su mejor amiga.

-Buenas tardes- respondió con voz monocorde.

-Romina me ha querido sonsacar el motivo por el cual ha tenido que mentir y le he dicho que es por que fuiste a ver a mi hermano- fue la respuesta de quien llamo, así era ella, no saludaba, no preguntaba cómo se encontraba, iba directo al grano.

-Tu hermano... ¿Ya llego a la casa?-cambio rápidamente el tema.

Escucho el bufido de parte de su amiga.

-Está destrozado, ¿Te lo dijo cierto?- no recibió respuesta, por lo que continuo.

-Él siempre te ha amado y ahora se reprocha el hecho de que seas una "Feliz mujer casada".

-Por favor Mia, hoy no estoy para sarcasmos- pidió con vos cansada.

-¡Por favor nada!

-Baja la voz que Antoni te puede escuchar.

-¡Pues que me escuche!, estoy harta de ver esos golpes en tu rostro, estoy harta de saber que no puedes ver a tus amigas periódicamente, estoy harta que vivas en ese infierno, con el hijo de puta que se hace llamar tu marido. ¡Joder Helena!, reacciona. Él no te ama y si alguna vez hubo amor, ya se esfumo.

-Mia...

-Tú nunca lo amaste, solo estabas confundida, extrañabas a mi hermano, y pensaste que Raphaelo sería un buen partido, pero resultó ser todo lo contrario.

¿Crees que me gusta ver como ocultas tus ojos con gafas oscuras hasta en el más nublado de los días o que te pongas esas poleras de mangas largas en días calurosos? ¿Crees que me gusta eso? ¡Dios!, ¿Dónde quedo tu amor propio?

-Mia, por favor, tengo que terminar la cena, antes de que llegue Raphaelo.

-Claro, como el inútil ese tiene esclava.

-Mia debo cerrar- suplico nuevamente mientras retorció con nerviosismo el cable del teléfono y miraba temerosa la hora en el reloj de pared.

-Helena juro que si hay una próxima vez, te llevare obligada a las autoridades.

-Mia, él tiene muchos contactos, sería una pérdida de tiempo hacer algo.

-Hasta que fuiste iluminada y comprendiste que lo que vives merece ser reportado- Mia le hablaba con crueldad, pero estaba harta de ver a su

amiga lastimada y por más que ella le obligara a ir a las autoridades, Helena siempre se negaba.

Cuando su hermano regreso, supo que él estaba decidido a declararse y cuando él le confirmó que la quería ver y decirle todo lo que sentía, pensó que tal vez ella abandonaría a Raphaelo, pero tal parecía que el miedo no la dejaba hacer una nueva vida con alguien que la amara de verdad.

-¡Por favor Helena!, piensa las cosas bien, quiero seguir conservando mi amistad contigo, me da miedo que seas otra cifra en la lista de femicidio.

-Tengo que colgar Mia- le dijo ella con su voz ahogada por el llanto.

-¡Helena!- pero ella colgó, no tardaba en llegar Raphaelo.

Capítulo 4

III

Cuando su esposo llego, la cena ya estaba servida. Se acercó a ese hombre imponente de mirada gélida, que lo único que le producía ahora era terror.

-La comida está servida- le hablo con la cabeza gacha.

-¿Cómo la has pasado con Romina?- le pregunto él en tono neutro cuando se sentó frente a su plato de comida, mientras ella solo lo observaba, hace tiempo que él no dejaba que lo acompañara en la mesa.

-Hemos estado conversando de su boda, se casa dentro de un mes, con un empresario amigo de su padre. Solo nos hemos tomado un café, se le ha hecho tarde a la escogencia de su vestido.

Y así termino la conversación, antes hablaban hasta muy tarde la noche, pero hace mucho que eso cambio.

¿En qué momento ella dejo que él la pisoteara?, no lo savia, solo sabía que tenía dos años casada con él, cuando la golpeo por primera vez. Ya no recuerda ni por que fue.

-Sabes, odio que me mientas- le dijo él sacándola de sus cavilaciones –Un amigo me ha dicho que te ha visto en aquel café al que te gusta ir con las zorras de tus amigas.

Ella empezó a temblar.

-No preguntare quien era el imbécil con quien me engañas.

-Te juro...

Él no la dejo continuar, de un momento a otro se levantó y la abofeteo, haciendo que callera al suelo.

-Necesitas que te enseñe a respetar y a no mentirle a tu marido- le tomo del cabello, la levanto y la empotro de frente contra la mesa, dejando caer su pecho encima de la cena sin tocar.

-¡Perdóname Raphaelo!- le suplico en llanto.

Él no la escucho, le bajo el jeans junto con las bragas; con rapidez él se desabrochaba su pantalón y bajo sus boxer.

Amaso sus nalgas y sin ninguna delicadeza, de una sola estocada la penetro. Fue doloroso, quiso gritar, pero él tomo su cabeza y la estrello contra la mesa, dejándola algo aturdida y con un sabor metálico en su boca.

Raphaelo le quito la polera que mostraba los brazos marcados con moretones no tan recientes y paso los labios por las manchas oscuras. Le quito el sostén y tomo entre sus manos los pechos perfectos de su mujer, sobándolos con brusquedad, mientras mordía con fuerza su cuello y arremetía con más fuerza en su ano.

-Eres tan malditamente deliciosa- siseo de placer.

Ya sentía venir esa sensación tan gloriosa; agilizo los movimientos, haciéndolos cada vez más frenéticos, estaba a punto de llegar. Mientras tanto, Helena solo deseaba que todo terminara y como una respuesta a su ruego, lo sintió crecer, vociferar una que otra maldición, hasta que sintió como por fin se liberó.

Salió de ella sin la mínima delicadeza, sin prestar atención al hilillo de sangre que se mezclaba con su esperma, sin importarle que ella siguiera temblando en aquella posición tan incómoda sobre la mesa.

-Descansa Helena- se despidió antes de irse a su habitación.

Trato de levantarse, pero su cuerpo lo sentía débil, sin poder sostenerse callo de bruces al suelo, golpeándose en el proceso con la esquina de la mesa.

Alzó con esfuerzo su brazo, buscando a tientas su cabeza, donde coloco su mano para sentir algo caliente en ella. Debía pedir ayuda o moriría en ese maldito apartamento.

Que Dios la perdonara, pero no podía cumplir con su promesa.

Se arrastró como pudo hasta la sala donde se encontraba su teléfono celular. Tenía dos cosas claras: la primera, no quería morir, la segunda, no estaba sola.

Capítulo 5

IV

-¿Puedo Pasar?- hablo Mia desde la puerta.

-Ya estas adentro - dijo con desgana.

-¿Cómo te sientes?- le pregunto.

-Fatal, Helena lo es todo para mí y llegar después de tanto tiempo, verla casada, me hace sentir miserable- sin evitarlo, dejo que las lágrimas se pasearan libremente por su rostro.

-Debe ser muy feliz-dijo con la voz entrecortada- Lleva seis años de matrimonio y aunque no lo creas, me alegro por ella.

Mia no podía creer lo que escuchaba.

-Saber que hizo su vida, me hace feliz, lo más importante al amar, es saber que el ser que amamos será feliz aunque no sea con nosotros mismos, pero no puedo evitar sentirme de esta manera, tan miserable, tan vacío, sabiendo que tuve la oportunidad de estar con ella, saber que pude haberla conquistado, pero el maldito hubiera no existe.

Lo único que pudo hacer ella fue abrazarlo con fuerza.

-La hubiera hecho feliz, lo juro, pero ahora otro ocupa el lugar y eso me mata.

Mia escuchando con impotencia todo lo que él le decía.

-Antoni, las cosas no son así.... -su conversación fue interrumpida por el teléfono celular de Mia que estaba en su pantalón. Cuando vio el nombre en la pantalla pensó lo peor.

-¿Helena?- hablo sumamente preocupada, mientras que Antoni le miro contrariado

-Escucha, tranquila, ya voy para allá, resiste amiga- decía mientras que salía de la habitación de su hermano.

-Mia- dijo con voz lastimera -Por favor, me siento muy débil, no demores, Raphaelo puede despertar- le dijo mientras abría con extremo cuidado la puerta del departamento y salía al exterior.

-Resiste cariño, trata de salir de ahí y por nada del mundo cierras, sigue hablando Helena, por favor, no dejes de hablarme.

Mia estaba conduciendo por las vacías calles, era muy noche y habían escasos autos. A su lado Antoni tenía el corazón desbocado, no sabía que era lo que pasaba, pero no se quedaría esperando que alguien se lo explicara.

-¿Mia?- pregunto Helena, al no escuchar la voz de su amiga.

-Dime bonita, estoy aquí, nunca te dejare- le hablo con tristeza, se sentía culpable, si tan solo le hubiera dicho a los demás de esa situación, tal vez las cosas serían diferentes. Tenía que haber insistido.

-Quiero hablar con tu hermano, por favor- suplico, mientras bajaba las escaleras, tenía la suerte de vivir en el primer piso, si tomaba el ascensor la llamada se cortaría.

Mia solo le extendió el Celular a su hermano, que no refuto el acto.

-¿Helena?- y el corazón de ella se sintió tranquilo al escuchar su voz.

-Antoni, escucha, yo también te amo, siempre lo hice.

*-Helena pequeña, ¿Qué te sucedió?-*le pregunto, sintiéndose devastado al escucharla llorar.

-Desde la primera vez que Mia nos presentó, mi alma, mi corazón y mi ser te pertenecieron- Antoni se percató que ella no quería perder el tiempo.

-Yo siempre te pertenecí hermosa, siempre te he amado.

-Y yo te amo a ti, siempre fuiste mi protector, mi soporte, pero fui estúpida Antoni, soy un ser humano y cometí errores, me case pensando que lo amaba y lo que sentía era solo un espejismo por no tenerte. Cometí el mayor error de mi vida y ahora lo estoy pagando, pues no habrá otro...

-¡Suelta el maldito teléfono!

Antoni escucho como alguien gritaba al otro lado de la línea, mientras los sollozos de Helena se hacían cada vez más bajos. Un escalofrío recorrió su

espina dorsal y la ira se apodero de su cuerpo.

-¿Helena?!- pero la línea se cortó, miro a su hermana aterrado- ¿Mia?

-Ya llegamos, ¡Dios! Antoni corre a dentro.

Y así lo hizo, se bajó con rapidez del auto, entro al edificio y vio una escena que estaba seguro nunca olvidaría; una figura masculina arrastraba a Helena por el cabello, rumbo a las escaleras como si fuera una bolsa de basura, mientras que el seguridad que se encontraba en el lobby, veía todo sin interés.

Helena estaba completamente desnuda, dejando que brillaran como luz fluorescente morenotes por sus brazos y piernas. Su frente con sangre y sus mejillas amoratadas llenas de lágrimas.

-¡Suéltala!- le dijo antes de tomar a Raphaelo y desatar toda su furia en él.

Mientras tanto Mia venia llegando a todo lo que sus piernas le permitían y con él teléfono celular en su oreja.

Cuando vio a su amiga, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. ¡Ella tenía la culpa!, ella lo sabía y se quedó callada.

-911, ¿Cuál es la emergencia?- escucho, pero no podía responder, sentía que las palabras no saldrían.

-¿Cuál es la emergencia?- la voz al otro lado sonó exasperada, tal vez pensando que era una broma.

Bajo la mirada y vio el rostro casi inerte de su amiga, cuanto sufrimiento cargaría ella en su corazón, cuánto dolor ella aguantó, cuanto luchó para que su sonrisa fuera lo más sincera para que nadie notase el infierno en el que vivía.

-Mi amiga está muriendo- susurro y sin saber cómo, dio la información para que fueran a ayudarles.

Capítulo 6

V

"El hombre llega, hasta donde la mujer lo permita", fue lo que le dijo una enfermera la primera vez que Helena fue a urgencias. No le había dicho como se había roto la nariz, pero aquella amable mujer, parece no necesitaba palabras para entender el infierno en el que ella estaba viviendo.

Esa fue la primera vez que él se atrevió a lastimarla; su excusa durante semanas fue la misma "Tuve un accidente".

La única que no le creyó fue Mia, que aunque despistada, era perceptiva y sabía que ese "accidente" tenía nombre de hombre.

5 años atrás

-A mí no me engañas- le reto – Te conozco lo suficiente para saber que el causante de esa nariz rota es Raphaelo.

Helena le miro neutral.

-No vale de nada negármelo Helena, sé que eso no fue causa de un accidente. Fuiste muy torpe cuando niña y nunca te llegaste a lastimar de aquella manera.

Helena apretó los puños, sentía que en cualquier momento empezaría a llorar.

-Solo fue un error- le defendió- él no quería hacerlo, sabes que me ama, pero lo hice enojar, y se molestó mucho- bajo la cabeza y trato de retener las lágrimas- Prometió que no lo volvería a hacer.

Mia la miro con horror, como si no pudiera creer que lo que salía de la boca de Helena fuera cierto.

-Cuando un hombre golpea por primera vez y se le perdona, es muy probable que lo vuelva hacer- dijo segura- Tenemos que levantar una

denuncia y alejarte de él.

Ahora fue Helena quien la miro con horro.

-No voy a denunciar a mi esposo- hablo con convicción- Me prometió que no lo volvería a hacer y yo le creo.

4 años atrás.

Estaba limpiando la sala cuando tocaron la puerta; no se tomó el tiempo de revisar por la mirilla, pero al abrir la puerta, deseo haberlo hecho. Mia había llegado de sorpresa y por la expresión de su rostro, estaba enojada.

-Tengo meses tratando de comunicarme contigo- trato de pasar, pero el cuerpo de la rubia le bloqueaba el paso.

Helena bajo la mirada avergonzada.

-Raphaello no quiere que te siga viendo. Debes irte de mi casa - le dijo sin mirarla.

Mia soltó una risa burlona.

-¿Tú piensas acatar esa estúpida orden?

Helena no la miro y Mia supo entonces que ella ya la estaba acatando.

-Mírame Helena- le pidió con la voz entrecortada, mientras que su interlocutora seguía sin mirarla.

-Por favor mírame y dime que no harás caso a la orden de tu marido- la tomo del brazo tratando de hacerla a un lado para entrar al apartamento.

Helena hizo un gesto de dolor, cosa que no pasó desapercibida para Mia.

-Muéstrame o me veré en la obligación de hacerlo.

No tenía fuerzas para discutir, la realidad era que necesitaba ser consolada. Hizo pasar a Mia y sin protocolo alguno tomo las orillas de su sudadera para sacarla de su cuerpo.

Mia ahogo un gemido, no podía creer lo que veía; marcas purpuras adornando la antes piel inmaculada de los brazos y torso de Helena.

Se acercó a ella, observando fijamente su rostro. El maquillaje no era suficiente para cubrir aquellos cardenales.

-Él no quiso, pero es que soy tan torpe- dijo en un susurro.

-¿Acaso te estás escuchando?- pregunto ya sin importar que su voz sonara estrangulada – Por favor Helena, reacciona, no me digas que te dijo de nuevo que no lo volverá hacer- Helena asintió lentamente- No puedes creerle.

Se restregó las lágrimas con rabia.

-Vístete, nos vamos inmediatamente a la jefatura- le paso su sudadera, pero Helena dio un paso hacia atrás.

-¡No!, Raphaelo lo prometió, no lo volverá hacer- Cambiara, te lo aseguro.

Y por más que Mia insistió, no logro convencer a Helena.

Meses atrás.

-¡Te dije claramente que no quiero hijos!- le grito Raphaelo.

-Yo deseo tenerlo- suplico en un susurro. Por un momento pensó que tal vez la noticia alegraría a su esposo.

La agarro por el cabello estrellándola contra la pared.

-Si yo digo que no tendremos hijos, tú obedeces- ordeno antes de atestar el primer golpe.

-¡Por favor! mi hijo- grito mientras trataba de detener los golpes- ¡Raphaelo detente!

Pero él no lo hizo, siguió golpeándola hasta dejarla inconsciente.

Cuando despertó desorientada, una mano acariciaba la suya.

-Hola bonita- fue el saludo de su mejor amiga, quien se encontraba con los ojos rojos y unas notorias ojeras bajo sus ojos.

-¿Mi bebe?- fue su única pregunta.

Mia no respondió, se levantó de la silla donde paso la noche velando por

ella, para acomodarse en la cama con Helena.

-Quieras o no, vamos a denunciarlo.

-¿Dónde está mi bebe?- volvió a preguntar.

-Está claro que el no cambiara, él no te ama- puso su mano en el vientre de Helena, ignorando la pregunta de ella –Esto debe hacerte reaccionar- no quería decirlo, sabía lo ilusionada que había estado Helena con aquella noticia.

-Afuera hay unos oficiales que vienen a pedir tu declaración.

Para decepción de Mia, cuando dichos oficiales entraron, lo hicieron junto a su marido, que tenía una mirada de tristeza.

-Cariño- se acercó y dejó un beso casto en sus labios- Por fin has despertado- Helena no supo que responder –Ya le dije a los oficiales que fuiste asaltada llegando a casa.

Mia trato de refutar, pero para su decepción, Helena solo termino de apoyar la versión de su esposo.

Capítulo 7

VI

*Se había equivocado,
su elección había sido una completa equivocación.
Lo de ella fue una ilusión,
que al tiempo en una pesadilla se convirtió.*

Mia lloraba, mientras a su lado su hermano se encontraba perdido en sus pensamientos; aun no tenían noticias de Helena.

-Es mi culpa- se lamentó Mia -iYo lo sabía!, sabía que la golpeaba y no hice nada.

Antoni se sintió furioso, pero no dijo nada, no serviría, el daño estaba hecho y los reproches estaban de más en esa situación.

-¿Desde cuándo?- pregunto con la mirada perdida hacia la nada.

-Desde hace cinco años. La primera vez le quise hacer entrar en razón, pero ella estaba segura de que él cambiaría y luego ella...-los hipidos no le dejaban hablar- ella estuvo embarazada y cuando se lo dijo a Raphaelo, la golpeo hasta dejarla inconsciente.

Antoni apretó los puños con fuerza, necesitaba tener a Raphaelo al frente. Estuvo a punto de matarlo con sus propias manos, si no fuera por la intervención de los oficiales.

-Él era un amor, yo fui una de las que le alentó a iniciar una relación con ese hombre que parecía moría de amor por ella- sonrió sin ganas- Quien iba a pensar que la sometería a tal punto que ella no se atrevía ni siquiera a denunciarlo.

El llanto nuevamente se hizo presente.

-Se merece un puesto en el infierno, por haberla hecho sufrir, por lastimarla, por matar a su hijo- se abrazó a si misma mientras un grito quería salir con fuerza de su pecho- Y estoy segura que también hay un espacio para mí.

Antoni la miro enojado.

-Merezco arder en las llamas del infierno, porque debí insistir, debí hacer algo, pero fui una maldita espectadora- sintió los brazos de su hermano tratando de darle confort- Es mi culpa que ella este dentro de ese quirófano luchando por su vida.

-No Mia, no es tu culpa- busco levantar su mirada -La culpa es de él, quien no supo valorar la oportunidad que se le dio, de ser feliz con una mujer que le amaría y respetaría sin condición.

Él un príncipe de un cuento barato,

ella una princesa que en sus promesas creyó.

Él era un príncipe que solo infringía dolor,

ella la princesa que por años solo sufrió.

-Ahora queda en nosotros amarla, protegerla y ayudarla a superar esta maldita experiencia-dijo Antoni.

Sabían que sería un proceso difícil, todavía debían esperar por la declaración de ella, para poder proceder con Raphaelo, aunque ninguno de los dos deseaba hacerla recordar aquello, era necesario.

- No soportaría de verla de nuevo en el estado en que la vi esta noche

-Familiares de Helena- pregunto a nadie en específico el medico quien llevaba el caso de ella.

-Somos sus amigos, ¿Cómo esta ella?- Fue Antoni quien pregunto, pero de inmediato se arrepintió.

La mirada del galeno, decía más que mil palabras.

Ella la princesa que olvido lo que era el amor

Y él...

Antoni no quiso desperdiciar el tiempo, ignoro los gritos de su hermana y corrió en dirección de donde vio salir al médico; necesitaba verla, aunque esa fuera la última vez.

Él era el príncipe

que con su vida acabo.

Capítulo 8

Romina

Algunas coleccionan fotografías, otras los tiquetes de sus viajes, algunas las envolturas de regalos recibidos, hasta pétalos de flores regaladas por algún enamorado; hay diferentes coleccionistas, algunas parecidas, algunas muy únicas.

Se preguntó entonces, si ella era de las parecidas o las únicas, después de todo, cuantas pueden ser coleccionistas de informes médicos, radiografías de alguna costilla o la nariz rota, todas de distintos hospitales, pues si asistiese al mismo, podrían sospechar, lo que les llevaría a investigar.

También coleccionaba fotos de cada golpe, aquellas que se utilizaban como evidencia para denunciarlo, pero que con estúpidas palabras, como "no lo volveré hacer" o hasta los falsos "te amo", quedaban guardadas en una caja, escondida en lo más alto de su armario.

Era experta en decir mentiras, excusas y actuar con naturalidad a la hora de decir "Fue un accidente, estoy bien, mi relación es casi perfecta".

Propietaria de una caja de primeros auxilios (botiquín le queda chico) para curar las heridas más comunes, ya hasta había tomado un curso en 7 tipos de suturas.

Era coleccionista de dientes postizos, de cirugías faciales, de cicatrices, de yagas y un millón de moretones.

No entendía como en ese punto, aun siguiera aferrada a una relación, que literal, la estaba acabando.

Tomo una fotografía de espalda al espejo (ya era experta en enfocar ese tipo de fotografías), la mancha que hace una hora estaba rojiza y ya se había tornado morada, se extendía por toda su espalda.

Se sentó en su computador y descargo la fotografía para imprimirla y guardarla en su tan secreta caja. Como siempre escribió detrás de ella el número y la razón...

Fotografía 247: me puse aquella falda rosa que me hace ver como una cualquiera.

Capítulo 9

VII

-¿Me estas escuchando?- le pregunto exasperada, mientras pintaba sus uñas sin voltear a mirarla, quería darle un instante para que buscara alguna excusa, ya que sabía que si la miraba, Romina se sentiría nerviosa y no podría hablar.

- Lo siento, sólo estoy algo distraída- y sí que lo estaba, su mente no dejaba de reproducir el evento del día anterior, aun así había escuchado claramente lo que Annabelle había dicho. Se encogió en el sofá acurrucándose en su cobija; tomo unos segundos para pensar en qué decirle, debía improvisar alguna excusa para cancelar aquel viaje a la playa que tenía con algunos conocidos.

Annabelle paro su tarea de pintar sus uñas y levanto la mirada, ya le había dado el tiempo suficiente.

-El viaje a la playa, ¿Lo recuerdas?- volvió a decir ya molesta; se le notaba por la manera en que la miraba; esos ojos color miel que siempre se veían dulces, en ese momento eran fríos como el hielo y qué decir del tono de su voz antes agudo que se había endurecido casi volviéndose ronco, en definitivo, estaba sumamente enojada y la imagen de Romina: el cabello castaño casi enmarañado en una cola alta, los ojos oscuros con unas profundas ojeras y la piel demacrada, no le generaba ningún tipo de lastima.

-¡Oh Dios! Cuanto lo siento Ana, lo olvide por completo- trato de parecer abatida -este fin de semana creo te comenté viene mi madre de visita y ya sabes cómo es ella cuando se le cancela.

Espero que le creyera, no era secreto que Annabelle detestaba a la madre de Romina y aquel sentimiento era mutuo, por lo que este podía ser usado a su favor.

-No recuerdo me lo mencionaras- respondió sin cambiar el tono de su voz y desviando la mirada a su nueva manicura; no era la primera vez que ella le plantaba, siempre tenía una excusa. Tal vez exageraba un poco, pero lo cierto es que desde hace unos meses Romina siempre evadía las salidas.

-¡Enserio disculpa!

Soltó un suspiro excesivamente largo mientras la observo dudosa, aunque no conociera a Romina de mucho (menos de tres años), algo le aseguraba que no era cierto lo que ella decía; aunque podría darle el beneficio de la duda, después de toda la madre de Romina era una reverenda "Perra" (no acostumbraba a insultar a las personas, pero esa mujer se lo merecía). Siempre mirando por encima del hombro de manera despectiva y preguntando hasta la cifra de tu cuenta bancaria. Gracias a todos los santos que Romina a pesar de su estatus social, difería mucho de la personalidad de la *perra* de su madre (pensándolo bien, se sentía bien nombrarla de esa manera).

-Te lo compensare, lo prometo- levantó su mano para reafirmar aquel comentario, sin embargo Annabelle tampoco le creyó, ya había escuchado muchas veces esa promesa, "*Cual político antes de elecciones*" fue lo que pensó.

-Como digas cariño- se levantó del suelo, alisó los pliegues de su falda roja, calzó sus zapatos de tacón y caminó hacia la puerta mientras peinaba con sus manos los rizos color negro; dio un último vistazo a su imagen frente al espejo que estaba en el recibidor.

- Iré a cenar con Robert, quiere que conozca a sus amigos- le dijo sin mirarla y pintando sus labios de un profundo color rojo -te diría que me acompañaras, pero capaz y ya tienes planes- hizo una pausa innecesaria mientras la miraba de manera despectiva a través del espejo- como siempre- metió su labial en su bolso, tomo las llaves y abrió la puerta.

-Ana...-pero no pudo continuar, Annabelle ya había salido del apartamento cerrando con un fuerte portazo, era obvio que estaba enojada con ella y con justa razón.

Sintió aquella incómoda sensación de la garganta cerrada, el estómago vacío y los escalofríos por todo el cuerpo, lo sabía, iba a llorar y quería pensar que no sabía el por qué.

Su vida de un momento a otro había cambiado en el momento que decidió jugar aquel papel de *sumisa entregada*, no había mejor manera de describirlo; muy poco veía a su familia, su hermana ya ni le dirigía la palabra de lo indignada que estaba por tanto desplantes, sobre todo por haberse ausentado al bautizo de su pequeña sobrina, a la que no había visto desde que nació y ya casi iba para un año.

Sus antiguos amigos ni se inmutaban en tomarla en cuenta para reuniones y sus compañeros de clase no la determinaban a la hora de realizar algún trabajo en grupo. La única que no le había dado la espalda y más que nada podía ser por el hecho de compartir apartamento era

Annabelle, que aunque sabía que la iba a salir con alguna excusa, no dejaba de invitarla cuando se presentaba alguna reunión o salida.

-No llores- se dijo así misma- no llores- pero era casi inevitable, se sentía tan sola, tan vacía, siempre esperando por la única persona que la hacía sentir completa.

A punto de estallar en lágrimas estaba cuando el sonido personalizado de su celular se empezó a escuchar.

"Ponte bonita. Paso en media hora por ti".

Aquel mensaje con un corazón al final la hizo sentir dichosa, las lágrimas no salieron y la tristeza no se hizo presente. Patéticamente suspiro enamorada, la sensación que le causaba Alexander con tan solo un mensaje la hacía vibrar de alegría...

...a quién quería engañar, sentía muchas cosas por Alexander que jamás diría, sentimientos que discrepaban mucho del amor y lo que ella decía llamar felicidad.

-No pienses en eso- se dijo antes que sus pensamientos se dirigieran a lugares que no debía, debía concentrarse en los bonitos sentimientos que él le hacía sentir.

-Él te ama y tú lo amas, es lo único que importa- se dijo a si misma sin saber por qué.

Prefirió ignorar aquello y dirigir su atención a la invitación que él le estaba haciendo, la pregunta era ¿Que tan bonita debía ir?

Si usaba faldas, se vería demasiada piel.

Si usaba pantalones, estos se amoldarían a las preciosas curvas de sus caderas y piernas.

Si usaba ropa holgada, Alexander se sentiría avergonzado de llevarla a algún sitio viéndose tan poco agraciada.

¡Qué difícil era complacer a su novio! Y solo tenía media hora para estar lista.

A él le encantaba presumir ante sus amigos el tener una novia tan bonita, pero no le gustaba que la observaran demasiado, que le hicieran alguno que otro cumplido, ni que ella les hablara tanto o sonriera por alguno de sus comentarios.

¡Romina era solo de él y de nadie más! y nadie más que él tenía el derecho a observarle, hacerle cumplidos y hasta sacarle las sonrisas. De ninguna manera dejaría que algún otro fulano se acercara a ella con intenciones para nada amistosas. Era hombre y sabía cómo pensaban los de su especie y para nada los antiguos *amigos* de Romina, la miraban solo como una amiga, de eso estaba completamente seguro.

¿Era eso normal?

Claro que lo era, como cualquier otro hombre que amara de la manera en la que él lo hacía Alexander simplemente cuidaba de lo suyo.

Capítulo 10

VIII

Se había colocado un vestido que se pegaba a su pecho no tan voluptuoso, holgado y hasta los tobillos en un bonito color amarillo canario con estampado de florecillas rosas. No era muy alta, por lo que se calzó unos zapatos con plataforma color crema y su cabello castaño lo dejó suelto, de paso servía para tapar las manchas púrpura de su espalda, las cuales el vestido no cubría, aun así llevaba un bolero de algodón por si Alexander en algún momento de la velada consideraría que estaba mostrando demasiada piel.

Alexander la evaluó de arriba abajo con esa mirada despectiva y crítica que la hacía sentir insignificante; por dentro Romina temblaba de nervios y miedo esperando su evaluación, algo ya común pues eso pasaba cada vez que se iban a ver. Nunca estaba segura de estar lo suficientemente lista para cumplir con las expectativas de él y solo Dios sabe cuánto deseaba ser todo lo que él deseara.

No debía ser así y ella lo sabía, Alexander no tenía por qué mirarla de aquella forma, no tenía por qué hacerla sentir ansiosa o pensando que no sería de su agrado. En algún punto de su relación se planteó si era lo suficientemente bonita para él, sobre todo porque las amigas de este último eran preciosas y en varias ocasiones era comparada con ellas y eso tampoco era correcto.

Ella era hermosa, inteligente, educada y se podrían mencionar un sin número de atributos, pero eso sería como hablar con un muro de hormigón, porque el único alago que ella quería escuchar era el de su novio.

-Estás preciosa amor- le sonrió con cariño- sumamente preciosa.

Dejó un pequeño beso en sus labios que la hizo saltar internamente de alegría, ¡Lo había conseguido!, la mirada aprobatoria de él significaba demasiado para ella.

-¿Dónde iremos?- preguntó mientras cerraba la puerta.

-A cenar con mis papás- contestó nervioso.

Era tan contradictoria la personalidad de él, muy pocas veces era tierno y dulce, mayormente demandante y en mínimas ocasiones se le veía tímido y nervioso.

-¿Enserio?!- no pudo esconder su emoción, conocer a los padres de Alexander significaba que lo de ellos no era un simple noviazgo, era algo más que no sabía cómo interpretar, con Alexander no se sabía nada con exactitud.

-Si no quieres, podemos hacer otra cosa- respondió tosco.

Y esa era la personalidad de él, volátil, cambiante, explosiva, no había un patrón específico en cuanto a sus emociones pues estas variaban de un momento a otro según el escenario o acciones de otros.

-¡No!- detuvo sus especulaciones, grave error, había subido un poco la voz y con ese simple acto hizo que Alexander la mirara con furia, ella no tenía por qué tener ese tipo de atrevimientos con él.

-¿Perdón?-tomo su muñeca con fuerza y ella sabía que si no la soltaba quedarían sus dedos marcados en su piel – ¿Acaso he dicho algo que te haya dado el derecho de gritarme? Dime Romina ¿Te he gritado para que tú lo hayas hecho?

Ella se sintió pequeña he insignificante, solo con una palabra había arruinado el estado de animo de él, "*Estúpida*" se dijo así misma y aunque él empezó a gritarle ella seguía culpándose, cuando era claro que él es el que estaba actuando mal, pero ella no lo diría y si ella se atreviera a contradecirlo, Alexander se enojaría más de lo que estaba en ese momento.

-Yo...-su voz se escuchó temblorosa- lo siento, no fue mi intención- dijo bajito.

-¿Entonces?- su paciencia tenía un límite y Romina lo estaba sobrepasando.

-Si quiero conocerlos, me emocione, pero me equivoque al darte la respuesta- agacho la cabeza, puso total atención al suelo, temía verlo a los ojos- lo siento, no supe explicarme.

Él trato de normalizar su respiración, lentamente dejo de presionar la delicada muñeca.

-Vamos- sin decir alguna otra palabra entrelazo sus dedos con los de ella guiándola hacia el elevador.

Romina camino como autónoma, no tenía la valentía de levantar la mirada o decir algo para romper el silencio sepulcral que se había formado. Subió al auto ayudada de él, que por más enojado que se encontrara siempre se consideraría un perfecto caballero.

¿Enserio ella creía eso?

Por supuesto que lo creía, eran esos detalles que la habían enamorado y que pesaban más que sus malas acciones. No lo estaba justificando, pero siempre pensó que todo ser humano cometía errores y Alexander era un ser humano, por lo tanto tenía todo el derecho a equivocarse.

Iba tan perdida en sus pensamientos que no se percató del momento en que llegaron a uno de los restaurantes a los que iban en ciertas ocasiones, los nervios volvieron a apoderarse de todo su cuerpo, junto con una sensación de mareo y náuseas. Estaba asustada, quería que sus suegros la aceptaran pues no sabía que tan influyente fuera la opinión de ellos en la relación de su hijo.

Antes de quitarse el cinturón de seguridad Alexander tomó su mano y dejó un beso en sus nudillos acción que le hizo percatarse de las marcas que ya estaban haciéndose visible en una de las muñecas de Romina- colócate el bolero y te pido que no me dejes en ridículo- le habló con suavidad.

A pesar que la noche era un poco calurosa Romina hizo lo que él le pidió sin rechistar, ahora solo debía comportarse en la cena.

¡Demonios! Dijo internamente apenas entraron al restaurante, había olvidado comer algo en casa, las ensaladas de ese restaurante no eran lo suficiente pesadas para que ella pudiera aguantar lo que estaba segura bebería y Alexander no la dejaría comer otra cosa alegando que ella podría subir de peso. Tomar vino sin haber comido como era correspondiente siempre le hacía mal.

Estaba segura que esa cita estaba destinada al fracaso y todo a causa de su descuido.

-¿Romy?- llamo Annabelle apenas entro al apartamento, era pasada las 2:00 de la madrugada y le pareció extraño ver todas las luces encendidas y no ver por ningún sitio a la castaña.

Escucho a la lejos un sonido para nada desconocido, cualquier persona podría distinguirlo; se dejó guiar por el mismo hasta que llegó al baño de visitas. Arrodillada en el suelo con su rostro pegado al inodoro estaba Romina vomitando, podría ser que hubiese tomado demasiado o tal vez

comió algo que le sentó mal porque la manera tan excesiva en que lo hacía descartaba de inmediato el síntoma de algún embarazo.

-Ven y te ayudo- se agacho a su altura para quitarle el bolero y amarrar su cabello, no vaya ser que este se manchara- necesito que cooperes, ayúdame a quitarte esto- grave error.

A Romina se le olvido el estado en el que se encontraba su pequeño cuerpo y ya era demasiado tarde para esconderlo. Annabelle no se imaginó lo que sus ojos le mostraban, al quitar el bolero y amarrar el cabello en una cola alta se sorprendió de la variedad de manchas de distintos tonos que se encontraban en la espalda de la castaña; esta última trato de apartarse pero Annabelle fue más rápida que ella, tomo sus muñecas para detenerla y un sonido ahogado salió de sus labios. Sus muñecas también se encontraban manchadas y según el color eran bastante recientes al igual que las de su espalda.

-Romina, ¿Quién te hizo esto?- pregunto en un susurro, no quería alterarla.

-No le prestes atención- respondió mientras se alejaba de ella -tuve un accidente.

Annabelle la miro incrédula, estúpida no era- Romina, no me mientas.

-Por favor, no insistas- pidió con la voz entrecortada y la mirada destrozada, a Annabelle eso le rompió el corazón, decidió entonces hacerle caso, pero solo por esa noche.

-Vamos, te llevo a tu habitación- la ayudo a ponerse de pie y la guio con cuidado.

Romina se dejó hacer, estaba casi en trance por que no fue consiente de cuando Ana le había cambiado la ropa y acomodado luego bajo las sábanas.

-Descansa amiga- salió de la alcoba con una sola idea en la cabeza, *acabar con la persona que la haya herido de esa forma.*

Fue a la cocina por un vaso de agua, sintió la ira bullir con fuerza y el deseo enfermizo de querer apuñalar a alguien, tanto que el vaso de vidrio termino en el suelo. No quería especular, pero tenía la leve sospecha de quien fue el responsable. Esas manchas también respondían muchas preguntas o desmentían varias excusas, como la de la supuesta visita de la madre de Romina pues era más que obvio que el estado en el que se encontraba su espalda no daba cavidad para ir a la playa.

Vio el bolso y celular de Romina en la encimera y a pesar de ser muy respetuosa en cuanto los objetos de valor de otras personas, considero que lo que haría era un caso especial. Sin titubear fue a tomar el celular y busco un chat en específico.

-¡Maldito infeliz! – grito enojada, no se había equivocado, esa conversación era más que obvia, sobre todo por como terminaba. Debería llamarlo e insultarlo, pero sabía que eso no sería prudente.

-Y hablando del diablo- el celular empezó a sonar nuevamente alertando la entrada de una llamada. Tomo una respiración profunda y decidió contestar.

-*Romina*- su voz se escuchaba fuerte y agresiva.

-Hola Alex, soy Annabelle- le contesto con dulzura, en esas ocasiones tocaba ser hipócrita.

-*Oh*- del otro lado de la línea Alexander no sabía cómo arreglar su error, pero la pregunta era ¿Qué hacía Annabelle con el celular de su novia?

-¿Hola?

-*Disculpa Ana, me puedes pasar a Romina*- más que una pregunta, aquello sonó a exigencia y a Annabelle eso la encolerizo, además ¿Quién le había dado la confianza de que le llamara Ana?, era un completo imbécil.

-Lo siento se quedó dormida y como escuche el celular muchas veces decidí contestar, por la hora no sabía si era algo urgente- Alexander pensó que todo era una mentira, tal vez Romina había salido o se encontraba con otra persona y Ana podría estar cubriéndola, pero él estaba un paso más adelante de ellas.

-*Deje las llaves de mi apartamento en su bolso, la llamaba para decirle que iba a recogerlas.*

-Entiendo, en ese caso yo puedo esperarte despierta.

-*En realidad, ya me encuentro afuera del apartamento.*

¡Menudo loco obsesivo!, enserio había ido a verificar que ella estuviera en el apartamento, porque eso era lo que estaba haciendo, verificando si era verdad.

Annabelle corrió a la puerta, tenía unas cuantas cosas que decirle al fulano ese, aunque a último momento se arrepintió, no era lo más

conveniente.

-Hola Ana- le saludo frio.

-Hola Alex- respondió ella de igual forma.

Sin pedir permiso entro al apartamento como si se creyera dueño del mismo y sin decir palabra alguna se fue a la habitación de Romina. Annabelle estuvo a punto de detenerlo, puesto que el bolso de Romina aún se encontraba en la encimera, pero quería ver hasta donde llegaba su nivel de toxicidad.

Pasaron unos 15 minutos cuando él salió de la habitación con el rostro más sereno, mientras tanto Ana lo estaba esperando sentada en el desayunador con un rostro imperturbable, aunque internamente era lo contrario.

-¿Las encontraste?

-Por supuesto- fue su simple respuesta- la llamaré por la tarde, al parecer está muy cansada y no creo despierte temprano.

-Está bien- se levantó de la silla y camino directo a la puerta, lo estaba echando sutilmente y Alexander al parecer era un completo idiota que no entendía las señales porque camino con parsimonia hacia la misma.

-Descansa- le dijo apenas estuvo afuera del apartamento, pero ella no le respondió, sin importarle sus modales estrello la puerta frente a él que no se merecía ningún tipo de amabilidad de su parte.

Simplemente no podía creer que tan maniático era Alexander, ir hasta al apartamento de ellas a esas horas de la noche solo para corroborar que ella estuviera durmiendo como le había dicho en la llamada, pero lo más desconcertante eran las acciones de Romina, solo con leer la respuesta que dio ante la última conversación se podía asumir que no era la primera vez y que no sería la última si ella no ponía un stop.

"Discúlpame, no quise avergonzarte frente a tus padres, no volverá a pasar."

Mi príncipe: *"Espero que así sea."*

"Lo prometo, no pasara otra vez...mmm ¿Sobre lo otro?"

Mi príncipe: *"Ya hemos hablado de esto, no tocare otra vez el tema, pero si quieres te lo diga, está bien: no volveré a lastimarte, fue un error"*

¿Contenta?"

"Si"

Mi príncipe: *"Eso espero"*

De ahí en adelante la conversación fue por parte de él preguntando si ya estaba acostada y al no recibir respuesta envió una sarta de insultos del por qué no le contestaba las llamadas o los mensajes. Romina debería cambiarle el nombre de contacto porque de príncipe no tenía nada.

Seguía enojada, furiosa, encabronada y con ganas de matar a ese infeliz por haber lastimado a Romina, pero de nada serviría sentirse de esa manera, lo mejor era irse a la cama y enfrentar a Romina a la hora que despertara.

Dejo un mensaje en el chat grupal de sus amigos cancelando la ida a la playa y se alisto para dormir.

Debía ordenar sus ideas, puesto que no quería agobiar a Romina con tantas preguntas, además tenía que convencerla para que levantara una denuncia, porque estaba más que segura que esa no era la primera vez, solo esperaba que ella no se hiciera la difícil y aceptara que debían buscar ayuda.

Capítulo 11

Lena

¿Era correcto perdonar cada uno de sus errores? Otros dirían que no, ella diría que sí. Creía fervientemente en el perdón, en el arrepentimiento y las segundas oportunidades.

Él solo quería lo mejor para ella, puesto que eran parte de un círculo social movido por el estatus y la frivolidad enmascarada por esos supuesto eventos de caridad-una simple excusa en la que se demuestra en que escalón de la pirámide de la *creme&nata* de la sociedad se encuentra cada familia por sus "*desinteresadas*" donaciones de cuantiosas sumas y que ayudaba a limpiar uno que otro escándalo.

Y Lena, una mujer de buena familia, hija de padres de imagen imponente, majestuosa, que eran merecedores del respeto ante la clase alta y media, parecía desencajar.

Su personalidad jovial y excéntrica era *el que hablar* de cada reunión social y eso era algo que él no seguiría permitiendo.

Una cara bonita, ropa de diseñador, el auto último modelo y un apellido venerable no era suficiente; hacía falta presencia, elegancia, lugares apropiados a los que se deben frecuentar, estudiar en universidades de gran prestigio y rodearse de personas con buen estatus social.

Por eso lo entendía, pero ya era tarde para arrepentirse. No había nada que se pudiera hacer, sus padres ya le habían dicho que no costearían ese capricho, ella no cambiaría de universidad y no aumentarían su depósito mensual.

Cuan estúpida se sentía. Sus ideas y desacuerdo contra la diferencia social que desfavorecía a los estratos más bajos, habían hecho que desde el momento en el que término la preparatoria en un Colegio privado, tomara la estúpida decisión de estudiar en una universidad pública con un excelente plan de estudio, esto con la idea de no seguir frecuentando a las personas que la tenían harta con su altanería.

Ahora por su culpa, la imagen de su novio estaba siendo manchada por su manera de vivir.

Cuanto deseaba complacerlo, pero sus padres fueron rotundos en decir "No". Ella tomo la decisión de donde estudiar, ella decidió vivir en ese pequeño apartamento con dos personas más, ella fue la que decidió la suma que sus padres depositarían en su cuenta cada mes, por lo que dos años y medio después no podía arrepentirse, ellos no cambiarían de parecer.

Debía seguir viviendo de la manera que desde primera instancia ellos se enorgullecieron o simplemente cortarían sus tarjetas y tendría que buscar un empleo para solventar cada uno de sus gastos. Tal vez en otro tiempo no le hubiera importado, pero ahora era diferente, no podía hacerle eso a George, ya suficiente lo había avergonzado.

Un claro ejemplo era la cena a la que habían asistido con unos *amigos* de él.

Al terminar de cenar, como hombre altanero y prepotente dijo que pagaría la cuenta de todos los presentes. Mala fue su suerte cuando busco su billetera y se percató que no la llevaba, tal vez la dejo en casa, puesto que habían ido en el auto de Lena y estaba seguro que no se encontraba ahí.

Según su lógica, al no poder pagar, le correspondía a Lena hacerlo, pero la suma excedía lo que sus padres depositaban en su cuenta bancaria.

Con vergüenza George tuvo que aceptar que uno de sus amigos sin problema pagara con su tarjeta black.

-¿Sabes cómo me siento en este momento?- le había preguntado con la voz contenida. Ella no sabía cómo responder –suficientes comentarios he tenido que aguantar por salir contigo. No lo entiendes Helena- estaba enojado, él solo le llamaba Helena cuando la ira se iba apoderando de su cuerpo.

-No te imaginas lo que he escuchado, pero aun así sigo contigo, porque te amo- ella apretó sus puños con fuerza – la vergüenza que debo pasar por estar a tu lado...

-Si tanto te avergüenzo ¿Por qué no me dejas?- le pregunto ella en un susurro, interrumpiendo lo que él estaba diciendo.

Eso fue el detonante, se orilló a un lado de la calle y dejo que la ira se apoderada de él. Los llantos y ruegos de Lena no fue escuchados, él siguió arremetiendo hasta que vio como la sangre bajaba por su nariz. Aquello lo freno de seguir, sin decir palabra alguna, puso el auto en marcha conduciendo hasta su casa y al llegar se bajó sin una despedida.

Ella tuvo que esperar un momento para poner el auto en movimiento, su

cabeza dolía, sus ojos no podían enfocar y su nariz seguía goteando.

Mientras iba conduciendo, puso en marcha su plan. Fue sencillo. Acelerar, estrellarse contra un poste, llamar al 911, pasar toda la madrugada en urgencias hasta que sus padres y George con su mirada de preocupación se presentaran al hospital.

No muy convencidos sus padres la dejaron en el apartamento, ella dijo que estaba bien, aunque su rostro y las horas pasadas decían lo contrario.

Por la mañana, recibió con emoción un ramo de rosas, una pequeña caja de Tiffany y la tarjeta con dos simples y sencillas oraciones.

"Perdóname, no fue mi intención.

Te amo preciosa."

No pudo evitar suspirar ante la última oración, él era tan detallista y sabía que estaba arrepentido.

Escucho un resoplido de exasperación, pero no fue capaz de mirar. Sabía de ante mano quien era.

-Un ramo más y tu habitación parecerá funeraria- dijo con voz sarcástica- aunque pensándolo bien, en ella podríamos celebrar la muerte de tu dignidad. Y no creas que me tragó tu patética excusa de "accidente de auto"

Lena corrió a su habitación, fue la primera vez que su compañera de apartamento hizo algún tipo de comentario ante los ramos de rosa que llegaban cada semana y la primera vez que las palabras le lastimaban.